

GUMUCIO Y DON ABDON

Y el anciano, abriéndose paso entre la muchedumbre respetuosa, llegó hasta el tren de los desterrados, que iban a otras patrias a gozar de una libertad que la propia, la tierra de sus mayores y de sus hogares, aquella por la cual habían luchado y en cuyo servicio habían encanecido, en ese momento les negaba...

Con voz entera al principio y ahogada después, murmuró, entre el silencio universal, su despedida de cristiano y de repúblico al amigo que se alejaba: "Bienaventurados los que sufren persecución por la justicia..."

Y aquel, el de la entereza admirable, el de la rectitud acrisolada, el tantas veces combatido, pero siempre respetado, que se había despedido de los suyos y de sus amigos, pudiendo contener su emoción, que no perdió su serenidad cuando perdió su libertad, no pudo responder con palabras a la despedida, a la bendición y al consuelo que el glorioso anciano le deparaba.

Momentos después, el tren partía llevándose a una de las primeras figuras republicanas, al defensor de la libertad y del Parlamento, a uno de los más grandes luchadores de la causa católica, a una gloria del periodismo y orgullo del Partido Conservador.

Y regresaba a su hogar el otro, el que en los noventa años de su fecunda existencia, había sido el repúblico incansable, el que desde su juventud libró las más altas batallas en el Parlamento por todas las libertades, el gran católico sostenedor infatigable de sus doctrinas, cuya pluma realzaba las campañas del periodismo nacional, el que es hoy reliquia del Partido Conservador.

El anciano sufrió también en el correr de sus años la ingratitude con que premian los hombres, y tuvo el consuelo con que premia Dios. Y por eso, quizá recordando los momentos de prueba, murmuró lo único que a un católico puede consolar; la divina palabra del Sermón de la Montaña: "Bienaventurados los que sufren persecución por la justicia..."

A uno le tocó conocer la República incipiente, pobre, obscura y humilde, pero entera, varonil y respetada. Sus esfuerzos y los de su generación la hicieron rica y floreciente y ejemplo de naciones. Su doctrina y su civismo colaboraron a moldear la nación en que había nacido y cuya historia casi se confunde con su vida.

Pero le tocó ver el nacimiento del descenso; su voz no fué oída, y ha presenciado el derrumbe.

El otro, nació en nuestro período de esplendor, gozando de la libertad porque luchara aquél, al amparo de las instituciones que aquél ayudara a formar, en la abundancia y el respeto que la generación anterior nos habían dado.

Su inteligencia y su corazón no se conformaban con que el país siguiera la pendiente; su voz se levantó con entereza para poder mantener la obra maestra, que, en parte, era obra del otro.

No fué escuchado, y en carne propia llegó a experimentar la catástrofe que aquel previera.

Una misma idea... una misma doctrina... la misma pureza republicana y familiar... el mismo dolor y el mismo consuelo... Dos hombres: un mismo temple, un sólo exponente de la misma fe.

Ellos dos son un símbolo y un ejemplo.

Ni doctrinas ni hombres nuevos salvarán al país; su salvación está en todos aquellos que, formados en la tradición nacional, vivan y prediquen la doctrina de la que no impunemente se apartan los hombres y los pueblos.

Nuestra generación debe purificarse para purificar, y ennoblecerse para ennoblecer. En la hora de reconstrucción, que habrá de llegar, tendrán la responsabilidad las colectividades que, herederas de las generaciones austeras y gloriosas, mantengan sus principios, con los que podrán reconstruir lo que otra generación, por apartarse de ellos, destruyó.

Y dominados por republicano optimismo y por cristiana fe, debemos prepararnos para ese momento. Y si en la dura jornada sentimos vacilar nuestra entereza, y detenerse nuestra acción por el medio ambiente de los intereses materiales e inmediatos, recordemos los dos ejemplos: el del anciano y el del ausente.

Sepamos ser dignos de ellos...